

# Martí en Santo Domingo

Por el doctor MAX HENRIQUEZ UREÑA

Señoras y señores:

No entraba en mis propósitos ocupar la tribuna en esta serie de conferencias destinadas a temas de Historia de Cuba (1). Mayor autoridad, más alto relieve, más íntimo conocimiento de los sucesos, deben tener los encargados de desenvolver esta clase de temas, y por eso los conferencistas de esta serie, no sólo se cuentan entre las glorias más preclaras de Cuba, sino que además, han sido actores, muchas veces, de los acontecimientos a que deben referirse.

Ninguna de estas dos circunstancias, que en los conferencistas de esta serie concurren, podía concurrir en mí: no puedo emularlos en las lides del talento, ni tengo tampoco la autoridad de haber figurado como actor en la Historia de Cuba.

He aquí, sin embargo, que una inesperada contingencia me obliga a dirigiros la palabras en esta ocasión, contra todos mis cálculos y previsiones. Mi ilustre y querido amigo el Dr. Eusebio Hernández, a quien correspondía llenar el turno señalado para hoy, me manifestó hace pocos días que, por dificultades que le fué imposible salvar, no había podido acumular en tiempo oportuno el caudal de datos que necesita para desarrollar su interesante estudio sobre el periodo revolucionario de los años de tregua entre las dos insurrecciones libertarias, esto es, de 1879 a 1895. "Es verdad —me decía él— que en mi memoria está fresco ese periodo, por haber figurado yo entre los promotores de diversas tentativas revolucionarias; pero, por el interés de la Sociedad de Conferencias y por el mío propio, no quiero hacer ese estudio basado solamente en mi memoria y he solicitado datos de algunas personas, para tener la seguridad plena de que no he de incurrir en dudas ni en omisiones. Esos datos están llegando con demasiada lentitud a mi poder y me veo obligado a aplazar la fecha de mi conferencia, fijándola, para no alterar el orden que los demás conferencistas se han señalado, como la última de la serie. Pero ante todo, este domingo ¿quién me sustituye?"

Esta interrogación debía encerrar un problema inquietante para mí, por causa de las obligaciones

que tengo contraídas como uno de los organizadores de estas justas de la inteligencia. En efecto: para satisfacer de manera más cumplida el amable reclamo del público intelectual que viene a oír esas conferencias, y al cual ya hemos habituado a este esparcimiento del espíritu todos los domingos por la mañana, era conveniente que no quedara huérfano este día, apenas en el comienzo de la presente serie, que con tanto interés y agrado ha sido recibida. Solicitar de algún otro disertante que adelantase su trabajo, era imposible: cada cual ha elegido su fecha sometándose a un cálculo de tiempo. Solicitar de algún conferencista o escritor de historia, extraño a la serie, que preparase festinadamente un trabajo de esta índole, era impropio. Una solicitud de este género sólo podía hacerse a alguno de los directores de la propia Sociedad de Conferencias. Y como ya mi siempre admirado compañero en la dirección de esta Sociedad, el doctor Evelio Rodríguez Lendián, había ocupado un turno en la serie presente, no quedaba más que una persona a quien dirigir esa solicitud para que ocupara la tribuna en este día: esa persona no era otra que yo mismo.

No vacilé mucho —ni el tiempo me lo permitía— en autodesignarme para satisfacer este empeño, y es porque, hurgando en mis recuerdos, encontré sin gran esfuerzo, un capítulo de la Historia de Cuba, bien poco conocido, por cierto, y sobre el cual era posible disertar con íntimo y cabal conocimiento de los hechos que dentro de él se concentran, según os hará presumir, sin que yo insista en ello, el enunciamento de mi tema: *Martí en Santo Domingo*.

No sólo poseo caudal sobrado de datos felicitantes para exponer ante vosotros los trabajos realizados por Martí en las tres ocasiones en que visitó a Santo Domingo —la última de las cuales ya sabéis la trascendencia que tiene—, sino que, refrescando mis propios recuerdos y reconstruyendo hechos y versiones que he oído de los propios labios de las personas que en esos hechos figuraron, me es tarea fácil desenvolver mi tema sin exponerme a incurrir en errores. No necesitaba por lo tanto, una preparación especial para el caso, y érame por demás grato estudiar ese orden de sucesos, en los cuales aparecen estrechamente unidas, por lazos espirituales y ma-

(1)—Ciclo organizado por la Sociedad de Conferencias, de la cual fué Max Henríquez Ureña uno de los fundadores.



teriales, las dos Antillas hermanas a las cuales se halla vinculada mi vida...

\*  
\*       \*  
\*

Las tres visitas que, con breves intervalos, hizo José Martí a la República Dominicana, tienen, para el perfecto conocimiento de los sucesos que precedieron a la Revolución de independencia de 1895, una importancia capital. La primera de ellas, hecha en 1892, tuvo por resultado la aceptación de Máximo Gómez del título de encargado supremo del ramo de la guerra en la organización de ese movimiento. La segunda, reafirmó, meses después, la labor iniciada. La última, a principios de 1895, culminó en el Manifiesto de Montecristi, y en la salida, llena de dificultades y zozobras, de Máximo Gómez y de Martí, con cuatro valientes más, para dirigirse a Cuba, donde ya estaba encendida la tea revolucionaria.

Seguir los pasos de Martí durante esos viajes, analizar la labor hecha por él con pasmosa rapidez en aquel país, donde encontró terreno fértil para su propaganda; estudiar las circunstancias favorables y adversas con que tropezó; ver, en fin, el curso, a veces providencial, de una serie de acontecimientos de los cuales dependía, en gran parte, la suerte de Cuba, es el objeto de esta conferencia.

Estos episodios que voy a relatar de la vida de Martí, nos ponen una vez más frente a la muda esfinge de la historia, formada de casualidades y de contrastes. ¡Cuántas veces, por causa de un obstáculo que escapaba a toda previsión estuvo a punto de fracasar el empeño de Martí y de Máximo Gómez, de verse cuanto antes en el teatro de la guerra, y de qué modo sin embargo, por circunstancias también imprevistas, lograron al fin, sobreponiéndose con entereza a la adversidad, cumplir el mandato que les imponía el deber! Resaltan en estos sucesos aquellas contingencias que Tolstoy llamó los "factores infinitamente pequeños de la Historia", las minucias de la Historia, que no por ser minucias dejan de ser a veces las que varían el destino de un pueblo o fijan el equilibrio de un mundo.

Errados andan aquellos historiadores que, a la manera del insigne Albert Vandal, pretenden enmendar el curso de la historia haciendo recriminaciones a sus actores principales, y expresando la sospecha de que, si en vez de proceder de un modo hubieran procedido de tal otra suerte, el curso de la historia de la humanidad hubiera sido diferente. ¡Vano empeño es éste! La historia no la encausan los designios

de los hombres, sino el empuje de fuerzas ciegas y de causas recónditas que constituyen el patrimonio de los siglos. Cuando los tiempos han llegado a la madurez necesaria para producir determinado fruto, no hay voluntad humana que pueda contrarrestar el desarrollo de los acontecimientos, cuyo origen es preciso ir a buscar en el arcano del pasado. Ese origen, en muchas ocasiones puede haber sido un hecho insignificante; pero una vez que ese hecho entra en el encadenamiento de los siglos, ya es imposible restarle sus ineludibles consecuencias.

Suele encontrarse, empero, en los hombres representativos de un pueblo o de una época, cierta virtud profética que les permite darse cuenta de los secretos designios de la historia. Esos son los grandes caudillos históricos, aquéllos que se dan cuenta de que cada acto de su vida, por insignificante que este acto parezca, forma parte de la historia del mundo. Esos hombres, que tienen conciencia, raras veces revelada, de que están *viviendo la historia*, de que están fabricando la historia, si bien no la dirigen y controlan, facilitan el curso de ella, precipitando el advenimiento de sucesos fatales, que la historia misma, con mayor o menor desgarramiento, ha de producir algún día. Contra la voluntad de esos hombres es inútil que se conjuren a veces las circunstancias: dijérase que la propia historia, ávida de llegar a sus finales consecuencias, los protege y ampara de manera providencial.

Esto ocurre con José Martí y con Máximo Gómez en sus preparativos para llegar a Cuba, donde la guerra había estallado: mil veces se vieron fracasados, y otras tantas, con una energía que sólo han desplegado los verdaderos hombres simbólicos, los caudillos históricos, se empeñaron en cumplir su destino, viéndose siempre protegidos por una suerte bienhechora que los salvó del fracaso, de la persecución, de la captura, del naufragio y de la muerte misma, y los hizo arribar allí donde la historia reclamaba su presencia, para llevar a cabo la magna obra de libertar a un pueblo.

\*  
\*       \*

El diez de septiembre de 1892 puso Martí el pie, por primera vez, en territorio dominicano. Desembarcó en Montecristy, ciudad capital de la provincia de su nombre, en el norte de la República Dominicana. Se dirigió seguidamente a la finca La Reforma donde Máximo Gómez, nuevo Cincinato, vivía consagrado a labrar la tierra, rodeado de su familia.



He aquí como el propio Martí describe su llegada a La Reforma:

Iba cayendo la noche del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él, el juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenga de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica o desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre. Se abrieron a la vez la puerta y los brazos del viejo General: en el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió a abrazar en largo silencio al caminante, que iba a verlo de muy lejos y a decirle la demanda y cariño de su pueblo infeliz y a mostrar a la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroísmo y la libertad. Los bohíos se encendieron; entró a la casa la carga ligera; pronto cubrió la mesa el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno de Beltrán; dos niñas que vinieron a la luz, llevaban y traían; fué un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que al hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserón de puntal alto, a la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la misma del General, había de dormir el caminante: en la cama del General, que tiene colgada a la cabecera la lámina de la tumba de sus dos hijos. . .

Tres días duró la conversación entre aquellos dos hombres. Fundado a principios del propio año de 1892, en Cayo Hueso y Tampa, el Partido Revolucionario Cubano, Martí iba a ofrecer al General Gómez —en cumplimiento de las viriles resoluciones de ese conglomerado de patriotas— la dirección suprema de la organización militar de la revolución. Gómez interrogó minuciosamente a Martí sobre el estado de los trabajos revolucionarios y se mostró altamente satisfecho del adelanto en que se encontraban. Si algún rescoldo de pasadas disensiones entre los dos jefes, pudiera quedar al través de los años, se disipó totalmente en la cordial entrevista de La Reforma, según lo cuenta el propio General Máximo Gómez en los siguientes apuntes del diario de su vida:

Este mismo José Martí, hombre inteligente y perseverante defensor de la libertad de su patria, fué

uno de los que con mayor entusiasmo se pusieron a mi lado, cuando en 1884 me puse personalmente al frente del movimiento que tratábamos de iniciar. Pero Martí se disgustó aquella vez, según parece, por no estar de acuerdo con los métodos que nosotros empleábamos, y me dió las espaldas. Su retirada contribuyó no poco a acelerar el fracaso que al fin sufrimos, pues la desconfianza pública fué entonces más marcada, quedándonos solos y desamparados los hombres de armas que tuvimos el pensamiento de llevar la revolución de Cuba.

Muchos hombres prominentes del Partido Separatista, con aparente razón temían ahora que guardando yo desde entonces algún resentimiento contra Martí por su conducta pasada, negase a la revolución, que él trata de resucitar, mi apoyo moral y todos mis servicios. No podía suceder así, pues Martí viene a nombre de Cuba; anda predicando los dolores de la Patria; enseña sus cadenas; pide dinero para comprar armas y solicita compañeros resueltos que le ayuden a libertarla, y como no hay un motivo, uno solo, por qué dudar de la honradez política de Martí, yo, sin tener en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me sentí decididamente inclinado a ponerme a su lado y a acompañarlo en la gran empresa que acometía. Así es que Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.

El 13 de septiembre salieron Martí y Máximo Gómez para Santiago de los Caballeros, a caballo, y llegaron a dicha ciudad el mismo día. Se detuvieron allí para realizar algunas diligencias y ver a algunos amigos de la idea revolucionaria, y el día 15 resolvió Martí seguir viaje hacia la capital de la República, mientras Gómez volvía a La Reforma. Los gastos de Martí dentro de la República, fueron sufragados por Máximo Gómez.

Antes de separarse, Máximo Gómez entregó a Martí una carta de carácter oficial, como respuesta a la extensa comunicación, también oficial, que como Delegado del Partido Revolucionario Cubano le había entregado Martí, suplicándole aceptase el mando supremo de la guerra. La comunicación de Máximo Gómez decía lo siguiente:

Santiago de los Caballeros, Septiembre 15 de 1892.

Señor José Martí,  
Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

Señor Delegado:

Al enterarme del contenido de su atenta nota en la cual me expresa los propósitos del "Partido Revolucionario Cubano", cuyo Poder Ejecutivo tan digna



y acertadamente representa Ud., he experimentado la más grata satisfacción, porque yo también me siento aún capaz de ser entusiasta y leal batallador para alcanzar la independencia de Cuba.

Pero aún es más grande la satisfacción, dado el plan de organización para aunar los elementos de fuerzas de dentro y de fuera, que Ud, con tanto tino va llevando a término, para de este modo poder abrir, cuando sea llegada la hora, campaña vigorosa, que de seguro nos ha de dar la victoria.

En cuanto al puesto que se me señala al lado de Ud., como a uno de los viejos soldados del Ejército Libertador de Cuba, para ayudar a continuar la obra interrumpida, tan señalada honra, tan innecesaria confianza, no tan solamente deja empeñada mi gratitud, sino que al aceptar, como acepto, tan alto destino, puede Ud., estar seguro de que a dejarlo enteramente cumplido, consagraré todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi brazo, sin más ambición ni otro interés que dejar bien correspondida y hasta donde pueda alcanzar la medida de mis facultades, la confianza con que se me honra y distingue.

Por la parte que me toca, para la cantidad de trabajo y de labor en la grande obra que vamos a recomenzar, desde ahora puede Ud., contar con mis servicios.

Patria y Libertad.

M. Gómez,  
Mayor General.

\* \* \*

Martí quiso hacer el viaje por tierra, a caballo, por las comarcas de la extensa región del Cibao, antes de dirigirse a la capital. Fué su deseo visitar algunos sitios históricos, como el Santo Cerro, en La Vega. Vió allí, en la ciudad de La Vega, a un cubano distinguido que había formado en Santo Domingo familia y fortuna: Eleuterio Hatton, y recabó, obteniéndolo al punto, su apoyo para la campaña revolucionaria.

El día 18 llegó Martí a la antigua ciudad de Santo Domingo de Guzmán, capital de la República Dominicana. Ya había avisado su llegada por medio de un telegrama dirigido desde Santiago al periodista y maestro Federico Henríquez y Carvajal, que se había significado de mucho antes por su devoción al ideal de la independencia de Cuba. Durante su estancia en la capital compartió, en el hogar de Henríquez y Carvajal, el pan y el vino, y sintió palpitar en torno suyo corazones fraternos inflamados en el mismo sentimiento de amor a la libertad de Cuba.

Visitó Martí con afán e interés muchos sitios históricos. La ciudad de Santo Domingo está llena de ruinas que resumen aspectos interesantes de la conquista de América. Allí están los escombros de la iglesia de San Nicolás, la primera que se levantó en América, merced al empeño del gobernador Nicolás de Ovando. Allí se levantan todavía las paredes vetustas del recinto solariego que fabricó Diego Colón para fijar en él su residencia. Allí se conserva, desafiando las injurias del tiempo, la catedral más antigua de América. Allí se guardan las cenizas del descubridor del Nuevo Mundo, de Cristóbal Colón, aunque todavía se quiera sostener, sin fundamento, que éstos no son los verdaderos restos del Almirante.

Todo esto, y mucho más, visitó Martí con visible atención y agrado. Y esa misma noche le fué ofrecida una recepción en la Sociedad de Amigos del País, institución de cultura, que tiene en la historia de Santo Domingo una importancia tan grande como la que tiene en la historia de Cuba la institución cubana que lleva el mismo nombre.

El acto fué abierto, con breves frases de saludo al ilustre huésped, en nombre de la sociedad dominicana, que allí concurrió en masa, por el señor J. M. Pichardo. La presentación del orador fué hecha por Federico Henríquez y Carvajal, en conceptuosos y ardientes períodos. Y habló Martí. La concurrencia quedó electrizada. Algunos de los cronistas que hicieron la relación del acto, transmitieron al papel la impresión que el público allí congregado había recibido, y que fué la de creer que vibraba en los aires, impalpable y seráfico, el arrullo de una música divina. Al terminar Martí su discurso, donde dejó traslucir todas sus ansias y todos sus anhelos por alcanzar a tener una patria propia, la ovación que se le tributó fué un desbordamiento de cariño y de admiración.

Contestó a Martí el insigne escritor Manuel de Jesús Galván, autor de la notable leyenda histórica *Enriquillo*, donde se cuenta la resistencia heroica del último cacique indígena de Santo Domingo, que con tan tenaz denuedo se opuso al dominio de los conquistadores, hasta conseguir ver respetado su derecho y morir libre, rodeado de los suyos. Galván, con su palabra mesurada y académica, hizo el elogio cumplido de Martí, cuya oratoria contrastaba tanto con la suya, ya que Martí había hablado, según la frase del propio Galván, "con abundancia de corazón". Contestó Martí a Galván, para darle las gracias por sus honrosos conceptos, y habló después el doctor Francisco Henríquez y Carvajal, sin eufemismos ni vacilaciones, caldeando su verbo en viril estrofa del poe-



guerrero de Santo Domingo, Manuel Rodríguez Obispo, haciendo latir en su verbo las ansias de libertad que todos sentían e invocando, para realizarlas, el culto austero del deber en todo pecho hispanoamericano. Y por última vez, más conmovido y más vibrante, habló Martí, electrizando nuevamente con su palabra a la concurrencia.

Terminado el acto, aquella misma noche partió Martí en una goleta para uno de los puertos de la costa sur de la República, para Barahona, capital del Distrito de su nombre, José Joaquín Pérez, en un artículo intitulado *Nuestro Adiós a Martí*, narró la despedida de éste, a quien fueron a acompañar hasta el muelle del río Ozama, donde estaba amarrada la embarcación, los señores Jaime R. Vidal, Federico Henríquez y Carvajal y el propio José Joaquín Pérez. Esa despedida fué eterna. Martí volvió a pisar tierra dominicana otras dos veces, pero ya no visitó más la ciudad capital.

Martí había elegido la costa sur para seguir su viaje, hostigado por el deseo de visitar el histórico lago de Enriquillo, situado en el distrito de Barahona. En las cercanías de aquel lago se refugió, en su resistencia tenaz al poder colonial, el cacique Guarocuya, o sea Enriquillo, al cual no hubo medio de reducir a la obediencia y fué preciso reconocerle feudo y señorío independiente con lo que quedaba de su heroica tribu.

Dijérase que Martí fué a buscar nuevos alientos para su obra de libertad, allí donde las ondas azules del lago elevan el alma al ideal, allí donde las montañas parecen cantar un poema de libertad, allí donde el cielo creyérase más puro, allí donde parece que al caer la tarde surge la sombra del último cacique rebelde, allí donde, confundida con los gemidos del viento, parece desprenderse la protesta secular y doliente de una raza infeliz...

Antes de partir de la República Dominicana, para dirigirse a Centro América, el día 21 de septiembre, Martí escribió en una carta a sus amigos de la capital: "El hombre tiene ya dos patrias".

No se equivocaba. Martí fué acogido en Santo Domingo como si fuera un dominicano más. Dejó allí profunda huella en todos los corazones, y por ello no hay que extrañar que su muerte haya sido uno de los duelos más intensos que ha experimentado, unánimemente, la sociedad dominicana. Ese duelo cristalizó en un *Album* dedicado a su memoria, el producto del cual fué destinado a las cajas de la Revolución.

Además, en el sagrario de cada hogar dominicano palpitaba, como una prolongación del sentimiento de la patria propia, el culto de la libertad de Cuba.

Ah, señores! Cuando en el sagrario de cada hogar llega a tener arraigo un sentimiento, éste se transmite a los niños, que, por oírlo a diario en labios de sus mayores, lo acogen como un artículo de fe. Os habla un niño de aquel entonces; pero por si eso no bastare, y como prueba de que este sentimiento palpitaba en todos los hogares dominicanos, voy a leer una delicada composición del distinguido poeta José Joaquín Pérez, el cual pinta en seis estrofas, de mano maestra, cuáles eran los juegos favoritos del más pequeño de sus hijos.

### U N M A M B I

Ah! Yo tengo un mambí de ojos azules  
y ensortijada cabellera rubia,  
que aún dos años no cuenta y ya presume  
ser un audaz libertador de Cuba.

Apenas sale el sol, desnudo salta  
con ímpetu marcial, desde la cuna  
y dando vivas, mi bastón de caña  
para servirle de corcel empuña.

Blandiendo un palo, cual si fuera el *Quimbo*,  
corre, vuela, ya ansioso por la lucha,  
al patio, a su manigua, aquel invicto  
y temible adalid en miniatura.

En pos de él sigue la faldera tropa  
de tres chicuelas, hermanitas suyas,  
y en creciente algarada estrepitosa  
ponen al punto el enemigo en fuga.

Triste y medroso ante el empuje, el perro  
para huir sin cesar, el rabo oculta,  
las gallinas y el gallo alzan el vuelo,  
y el gato en la cocina se acurruca.

Después... el sol de América en la frente  
glorioso irradia del mambí que triunfa,  
y erguido en su corcel, alto el machete,  
da el grito redentor de "¡Viva Cuba!".

\*  
\* \*

Martí volvió a pisar tierra dominicana el 3 de junio de 1893. Sólo permaneció allí dos días. Llegó a Montecristy a entrevistarse con Máximo Gómez, y



a enterarlo detalladamente del estado de los trabajos de la Revolución. Venía de Centro América, donde había tomado distintos acuerdos con los hermanos Maceo, Flor Crombet y otros jefes militares que habían de asumir parte principalísima en el movimiento, y traía además, algunas noticias, fidedignas de la marcha de los trabajos que se llevaban a cabo en el interior de la Isla de Cuba. El 5 de junio partió otra vez para New York.

A su paso por Montecristy, esta segunda vez, la idea de la revolución cubana se había extendido de tal manera en todo el territorio dominicano, que en las ciudades más importantes se habían fundado ya los siguientes clubs separatistas: *Guarionex, Diez de Octubre, Mártires del Virginius, Mayía Rodríguez, Antonio Maceo, Paquito Borrero y Máximo Gómez*. Este último era presidido por el celebrado escritor general Francisco Gregorio Billini, ex-Presidente de la República Dominicana.

Muchos otros clubs hubieron de fundarse más tarde: siéndome imposible recordar los nombres de los de mayor significación: *Calixto García* (Presidente: Federico Giraudy); *27 de Febrero* (Presidente: Federico Henríquez y Carvajal); *Modesto Díaz, Salvador Cisneros* (Presidente: Néstor del Prado); *Flor Crombet* (Presidente: Eduardo Calás); *Guillermo Moncada* (Presidente: Luis Lamarque); *Jaime R. Vidal, Federico Henríquez y Carvajal, Martí* y otros muchos. Había además clubs organizados exclusivamente por las damas, como los siguientes: *24 de Febrero, Hijas de Hatuey, Clemencia Páez, Estrella de Cuba y Candelaria Palma*.

\*  
\*       \*  
\*

La tercera y última vez que Martí pisó tierra dominicana, fué en el momento decisivo de comenzar la lucha por la independencia de Cuba. Dentro de los planes de Martí entraba el de haber hecho desembarcar tres expediciones en Cuba, por tres sitios distintos a la vez, valiéndose de tres barcos bien pertrechados que debían salir de Fernandina: *Amadís, Baracoa y Lagonda*. Este último era el primero que debía zarpar de los Estados Unidos, para ir a buscar a Máximo Gómez a Montecristy. El proyecto de expedición fué descubierto, viéndose además perdida la mayor parte de las armas. La desesperación de Martí no tuvo límites. El fracaso de aquella expedición formidable, compuesta de tres barcos de vapor que habían de arribar a las playas cubanas en enero de 1895, trayendo en su seno un fuerte puñado de patriotas y una gran cantidad de pertrechos de guerra, lo dejó

anonadado. En tales circunstancias, a fines de enero, puso el telegrama siguiente al General Máximo Gómez, que aguardaba impaciente, en Montecristy, las noticias de la expedición proyectada:

“Imposible negocio. Espéreme”.

El 7 de febrero llegó Martí a Montecristy, acompañado de los Generales Enrique Collazo y José Ma. Rodríguez. Las horas eran de angustia y desolación, pero no era posible retroceder. Ya la tea revolucionaria estaba encendida, ya la orden del levantamiento dentro de la Isla había sido dada para fines de febrero, y era forzoso partir, costara lo que costara.

Los recursos con que contaban no eran muchos, pues no hallaban medio alguno de ajustar por bajo precio una goleta, una embarcación cualquiera, un bote de vela siquiera. Martí no había reunido para este viaje más que dos mil pesos recolectados expresamente para el caso por su amado discípulo Gonzalo de Quezada en Tampa, y remitidos desde allí al doctor Ulpiano Dellundé, agente de la Revolución en Cabo Haitiano, para que éste, que se hallaba tan próximo a Montecristy, los hiciera llegar a su destino. Se necesitaba mayor suma de dinero, y el tiempo apremiaba.

El 12 de febrero salieron Martí, Máximo Gómez y Mayía Rodríguez para la Vega, habiendo acordado que el General Collazo regresase cuanto antes a Nueva York. En la Vega se entrevistaron con Eleuterio Hatton, el 22 del propio mes, en la jurisdicción denominada Los Haticos. Hatton, que consiguió algún dinero, trató de dejar arreglada la salida de los expedicionarios, en un balandro, por la bahía de Samaná. Varias fueron las tentativas infructuosas en ese sentido, y en el curso de estas gestiones llegó el 24 de febrero y estalló el grito de guerra en distintos puntos de la Isla de Cuba.

La impaciencia devoraba a aquellos hombres que cada día consideraban un deber más imperioso acudir a los campos de batalla. Los recursos al hacer frente a todos estos planes fracasados, mermaban. Volvieron Martí y Máximo Gómez a Montecristy y enviaron al General Rodríguez a la capital de la República, para recabar de los agentes revolucionarios Federico Henríquez y Carvajal y Jaime R. Vidal, los fondos necesarios para completar el costo de la expedición que ahora organizaban por el puerto de Montecristy.

El General Rodríguez encontró en difícil situación las cajas de los clubs revolucionarios de la ca-



pital. Pensativos, cariacontecidos, angustiados lo recibieron Vidal y Henríquez. Vidal, que ocupaba un alto cargo en el Gobierno, propuso ir a solicitar ese dinero del Presidente de la República, el General Ulises Heureaux. Para Henríquez y Carvajal, a quien Heureaux había hecho encarcelar poco antes, injustamente, por su labor de periodista viril y honrado, aquella entrevista representaba un sacrificio en lo más íntimo de su amor propio lastimado; pero al cabo, repitiendo la frase de Lacret: "¡Todo por Cuba!", aceptó la idea; y hé aquí como él mismo ha relatado en un artículo —muchos años más tarde, cuando no era indiscreto revelarlo— esa entrevista con el General Heureaux:

A media noche entrábamos, a oscuras, hasta el dormitorio en donde el General nos aguardaba. Mostrose complacido de verme en el número de sus nocturnos visitantes, y yo me incliné para corresponder a su galante saludo. E instalados los cuatro en sendos sillones, a la luz atenuada de una lámpara de color, nos interrogó sin demora: En qué puedo servirles?"

Se le informó del caso. Se le habló con fervor de la causa de Cuba, que era antillana; se le habló, con justo encomio, de Céspedes, de Marcano y de Agramonte, héroes y mártires de la independencia, y de Martí, de Gómez y de Maceo, por quienes manifestó grande admiración y simpatía; se ponderó el alcance y el mérito del servicio, que, en obsequio de la magna empresa, se le pedía; y se discurrió acerca del seguro éxito de la obra de redención acometida. Opuso algunos reparos al principio, para concluir al cabo por manifestar su reflexivo entusiasmo en pro de la nueva campaña que se iniciaba en el Oriente de la rebelde Antilla.

Ya era de los nuestros. Su actitud habría de tener más tarde mayor alcance aún: nos consentiría hacer, sin alarde, aunque no siempre con la exigida reserva, la diaria labor revolucionaria.

Estaba de pie, en señal de despedida, cuando nos dijo: "Doiles gracias por haberme ofrecido la ocasión de unir mi óbolo al óbolo dominico-cubano. Mañana pondré en manos de ustedes un giro pagadero en Montecristy. Saludo en ustedes a los patriotas expedicionarios. ¡Qué Dios los ayude!" (a)

(a).— En efecto, dice el licenciado Rodríguez Demorizi, al día siguiente de la memorable entrevista el general Mayía Rodríguez tenía en las manos la siguiente orden:

Santo Domingo, 2 de marzo de 1895.  
Señor General  
Don M. A. Pichardo,  
Monte Cristy.  
Mi estimado Guelito:

Dímoles sinceras gracias. Con un abrazo correspondió a las efusivas frases de Vidal y de Rodríguez; a las mías, tendiéndome la recia mano. Se la estreché, mientras para mí repetía: "¡Todo sea por Cuba!".

Llegábamos al pie de la escalera cuando, con el tono de quien está seguro de ser entendido, nos advirtió: "Nadie sabe, y el Presidente Heureaux menos que nadie, ni de esta entrevista ni del resultado de nuestra conferencia".

—"La gratitud y la disciplina, a una, nos impone absoluta reserva", afirmó el general cubano.

—"A todos nos interesa el secreto", agregó Jaime R. Vidal, que no cabía en sí de gozo, por el éxito obtenido.

Yo concluí: —"Del General Heureaux depende que nada sepa de esto el Presidente de la República".

Asintió con una sonrisa, y nos despedimos.

Para el Cibao, salió, al siguiente día, el activo General Rodríguez. En cuatro jornadas se puso en La Reforma. Impacientes lo esperaban, pero él llevaba los escasos recursos que la expedición exigía.

—"¡Por fin!", exclamó al verle, el héroe de Palo Seco. Y lo estrechó entre sus brazos. Martí abrazándolo también, le saludó con este voto cordial: "¡Bienvenidos el mensajero y el mensaje!".

\*  
\*        \*

La figura del General Heureaux tiene tintes sombríos y nefastos en la política dominicana, pero este rasgo en favor de la independencia de Cuba, lo dignifica y enaltece. El, que había hecho extinguirse en Santo Domingo todo asomo de libertad, que imperaba por el terror y por la fuerza, tuvo, sin embargo, conciencia clara de su deber de "buen americano" y supo cumplirlo en la medida en que su cargo se lo permitía.

La presente tiene por objeto suplicarte, bajo confianza de caballero, le entregues al portador, sin dilación alguna, la cantidad de *Dos mil pesos oro*, los que te compensaré con giros s/Nueva York a fin del mes en curso.

Soy como siempre tu affmo. amigo y s. s.

U. Heureaux.

Esta importante orden de Lilís, hasta ahora desconocida, figura en el *Copiador de oficios del Presidente Heureaux*, No. 44, de 1895, folio 476." (Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*. Impresores UCAR GARCIA, S. A. La Habana, 1953, pág. 125). Este interesante documento sirve, además, para fijar la fecha en que fué celebrada la histórica entrevista.— (V. A. D.)



Oficialmente, mostraba singular empeño, porque así convenía a su política exterior, en aparentar lo contrario. Sus disposiciones contra las conspiraciones que en la propia Isla se fraguaban, tenían un carácter tan temible y aparatoso, que desde Nueva York, la pluma siempre acerada de Eduardo Yero protestó en las columnas de *Patria*, el órgano de la Revolución, contra la actitud que asumía el gobierno dominicano. La lluvia de protestas que cayó sobre esos párrafos de *Patria*, de todos los extremos de la nación dominicana, hizo exclamar después al propio Yero: "Yo me he referido al gobierno, pero bien sé que el gobierno no es el pueblo".

Lo que ignoraba Yero —porque la absoluta reserva con que estas cosas se hacían al amparo de la palabra de honor de hombres para quienes la palabra de honor algo significaba, impedía que estos hechos se divulgaran— era que el mismo Presidente que dictaba tales órdenes, para no perturbar la *efente cordiale* de la República Dominicana con España, había dado un giro de dos mil pesos para que Máximo Gómez y Martí pudieran embarcar con destino a Cuba; y que, si bien mandaba a detener por veinticuatro horas al poeta Pellerano Castro, porque en una velada patriótica dominicana terminó la lectura de unos versos suyos con un "¡Viva Cuba!" que provocó una tempestad de entusiasmo en el auditorio, permitía en cambio que se conspirase en los cuatro extremos de la Isla, de donde salieron varias expediciones, entre ellas las que dirigía el General Serafín Sánchez. La actitud de Ulises Heureaux con relación a Cuba, lo redime un tanto de sus errores y permite que en este momento arrojemos un piadoso velo sobre su memoria y pronunciemos con agradecimiento su nombre.

\*  
\*        \*

Ya en posesión de los recursos que le fueron enviados de la capital de la República, los expedicionarios se aprestaron a partir: y fué entonces el 25 de marzo de 1895, cuando lanzaron al mundo José Martí y Máximo Gómez el Manifiesto de Montecristy, donde expresaron cuales eran los propósitos de la Revolución y expusieron las razones que concurrían a justificar la protesta armada.

Aquel mismo día escribía Martí a Federico Henríquez y Carvajal la siguiente carta, que ha sido llamada con justicia su testamento político, y que después de conocer, en la forma en que acabo de exponerlos, los sucesos que con ella se relacionan, adqui-

re, al través de cada uno de sus párrafos, extraordinario relieve:

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al constatar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Ud. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en el mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo, —aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera.—cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir, y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable, u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia, y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, y las prácti-

as y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan —y permitan el desarrollo natural y ascendente— a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aún cuando fuera bello y generoso, llevará a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio: hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra: si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma,irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimule sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir, callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos; Ud., con sus canas juveniles, y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Ud. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Ud.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fué mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité, a la voz de Ud., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquéllo, y va con aquéllo. Yo obedezco, y aún diré que acato con superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Ud., y le dejo con mi abrazo enmañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y por mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano; y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Ud. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero

y feo de este universo humano. Levante bien la voz; que si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

JOSE MARTI.

Montecristi, 25 de marzo, 1895.

\*  
\* \* \*

Después de fracasar en un primer intento de embarque por el puerto de Montecristi —pues pactado ya el viaje en tres mil pesos, con el capitán de la goleta que había de conducirlos, éste a la postre, se arrepintió de su propósito—, lograron al fin los expedicionarios hacerse mar afuera, en una embarcación de vela, el día primero de abril de 1895. Seis hombres componían la expedición: José Martí, Máximo Gómez, Francisco Borrero, Angel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario.

Después de treinta y tres horas de navegación, llegaron a una pequeña isla inglesa: Inagua. Allí se dieron cuenta de que el capitán, de nombre Bastián, los había engañado, pues no estaba dispuesto a terminar el viaje, sino a dejarlos abandonados en aquel islote, después de haber hecho el buen negocio de vender a un precio inverosímil, por lo usurario, su embarcación. Quedáronse los expedicionarios sin marinos expertos que pudieran guiarlos a las costas de Cuba, pues casi todo el resto de la tripulación siguió las huellas de Bastián, y gracias que al influjo de la palabra inflamada, persuasiva y viril de Martí, Bastián les devolvió parte del dinero que le habían entregado.

Viéronse los expedicionarios desamparados y sin rumbo cierto, en espera tan sólo de que la casualidad viniera a ayudarlos en su empeño de abandonar el islote británico y llegar a las costas de Cuba. Acertó a pasar por Inagua un barco frutero alemán, que iba al islote a buscar trabajadores, seguía a Cabo Haitiano para descargar efectos y continuaba su ruta hacia Puerto Antonio, Jamaica, pasando por frente a las costas del oriente de Cuba.

Martí concibió el plan de obtener que el capitán de aquel vapor frutero los dejase, al pasar, en las costas de Cuba, y resueltos a obtener la aquiescencia del capitán para tal objeto, compraron un bote de remo, que les costó cien pesos, para desembarcar en dicho bote. Durante la travesía ajustaron con el capitán, mediante la entrega de mil pesos, la realización del plan. El capitán convino en dejarlos a muy poca distancia de la costa, para que pudieran arribar sin dificultades ni graves riesgos.

Las condiciones que puso el capitán fueron, según nos informa Máximo Gómez, las siguientes:

Mientras el vapor estuviera en Cabo Haitiano, no debíamos estar a bordo, por si acaso resultase una visita de inspección, y además no debíamos escribir por ningún motivo el nombre del vapor, ni de él, ni de nadie; que todo eso debía quedar en la sombra del misterio.

Empeñaron los expedicionarios su palabra de honor de no revelar el nombre del buque, y es digna de mención la firmeza con que supieron ser fieles a su palabra, lo cual ha impedido que pueda conservarse para la historia, al menos hasta el presente, el nombre del buque en que llegaron a las costas de Cuba (2).

Difícil sería poder averiguarlo, si no del todo imposible. Sólo queda un superviviente de la expedición: Marcos del Rosario. Quizás sea el único que no sabía el nombre del buque. Los demás, Máximo Gómez, Martí, Paquito Borrero, Angel Guerra, César Salas, han muerto ya. El doctor Ulpiano Dellundé, que intervino, según explicaré luego, en actos y gestiones relacionados con ese viaje, también ha muerto ya.

El compromiso sagrado de guardar ése y otros secretos, no fué violado por esos hombres, ni aún después de terminada la guerra y de instaurada la República de Cuba, esto es, cuando ya no era indiscreto revelarlos. Téngase en cuenta este dato, como prueba del alto concepto que de la palabra de honor empeñada tenían aquellos hombres.

Véase como se expresa Martí, con relación al deber de guardar esos secretos, en una de sus cartas, escrita a bordo del misterioso buque que los conducía:

De... fuimos a... y de... fuimos a..., y después de tres días difíciles, vencimos en Cabo Haitiano, que es tierra triste, pero para mí querida por la casa buena de Dellundé... Pudiera y acaso debería contar con minuciosidad todo este viaje último... pero aun sería indiscreto, y es cosa pasada, que tampoco podría contar yo, que la llevé principalmente en mis hombros. Me rodeó y premió el afecto de mis compañeros. Y otra razón, además: ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba, debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido. El alarde de lo hecho puede cerrar el camino a lo que se pueda volver a hacer. No encontrará, por supuesto, ni lo habrá

de buscar, detalles de personas ni de mis actos o los de los demás. Si míos, por míos los callo; si ajenos, por ajenos, y sólo pudiera contarlos si los pudiera o si el relato sincero no me obligase a la vez a la celebración que me es grata y a la censura que me es odiosa, y de que se aprovecha luego la curiosidad maligna. En tiempos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos casi siempre determinados o torcidos por la bondad o maldad de los caracteres personales. Hoy no fuera posible sin saber a donde va lo que se escribe, o si se pierde en el viaje. Y luego, un diario suele ser un espía, y una alevosa anotación de las personas en cuya intimidad vivimos...

\*  
\*       \*

Desembarcaron los expedicionarios el 6 de abril, en Cabo Haitiano, donde debía pasar tres días de descarga el buque, ocultos y diseminados en la población, de acuerdo con las instrucciones del capitán, que no quería que se quedasen a bordo por si resultaba alguna visita de inspección.

El doctor Ulpiano Dellundé, cubano integerrimo que era agente de la Revolución en Cabo Haitiano, tenía a su cargo la misión de recibirlos y atenderlos allí. Dellundé, con loable prudencia, no fué al muelle a darles la bienvenida, por no despertar sospechas, pues de público se sabía su devoción a la causa libertaria, y cada uno de sus pasos podía despertar recelos a las autoridades haitianas, que por gestiones llevadas a cabo por el cónsul español, estaban advertidas de que de aquel puerto podía quizás salir la anunciada expedición. Ya el gobierno de España, por medio de sus agentes confidenciales, tenía noticias de que Máximo Gómez y José Martí habían desaparecido del territorio dominicano.

El doctor Dellundé comisionó a su socio el boticario M. Mercier para que fuera a recibir al muelle a los viajeros. En casa de Mercier se hospedaron Máximo Gómez y su ayudante Marcos del Rosario. En casa del sastre M. Lambert fueron alojados Paquito Borrero y Angel Guerra. En la propia casa de Dellundé, José Martí. En el hotel Internacional, César Salas.

Los días de ansiedad y de ardorosa espera que Martí pasó en casa de Dellundé, no fueron, empero, amargos. Encontró allí una familia cubana que palpataba con todas las ansias de la patria irredimida y que lo atendió cariñosamente. Sus menores deseos eran adivinados y satisfechos. Al saber que a Martí

(2)—El vapor frutero *Nordstrand*, alemán.



le gustaba mucho el buen café, fuerte y aromático, hubo quien se esmerara en prepararle un café delicioso, excepcional. Y Martí hubo de agradecerlo como atención muy señalada, porque en verdad —y al través de toda su obra se advierte— sentía pasión por el café.

En unos párrafos que he leído en esta misma conferencia, al narrar Martí su llegada al solar campestre de la familia de Máximo Gómez, habla con regocijo del “café de hospedaje” que allí le fué ofrecido. En otra ocasión exclama:

¡Oh café rico, generoso don de América, que en corrientes de vida vuelve a Europa el mal que entre tan preciosos bienes le hizo! Madame de Sevigné, la de las bellas cartas, no debió tomar nunca buen café. Y en la demolición de la Europa vieja, por Voltaire emprendida, cuántas armas terribles no se habrán templado al ardor de nuestro jugo americano?

Así, al dedicar un ejemplar de sus *Versos Sencillos* al doctor Ulpiano Dellundé, Martí escribió, al vuelo, estas estrofas:

No hay pena cual la de amar  
a un pueblo solo y cautivo,  
que vive, clavado vivo,  
a lo lejos de la mar.

Ni sé de alivio mayor  
al corazón que se abrasa,  
que el sol y el café en la casa  
de la amistad y el amor!

\* \* \*

El doctor Ulpiano Dellundé —dice Máximo Gómez— desempeñó en aquellos días su papel de buen cubano, de la manera más patriótica y levantada.

Veamos cual fué la conducta del doctor Dellundé, cuya memoria debe ser saludada con cariño y respeto por todos los cubanos.

Desembarcados ya en territorio haitiano los expedicionarios, el vicecónsul español en Cabo Haitiano, Mr. Frank Detton, sospechando que Dellundé podía saber si realmente esa expedición saldría de allí, lo llamó a su despacho para hablarle del asunto y hacerle entrever ofertas y proposiciones lucrativas para el caso de que Martí y Máximo Gómez pudieran ser capturados. El plan, que podía ser llevado a la práctica si a ello se prestaba el gobierno haitiano, era el de detenerlos, acusándolos de conspirar con-

tra un gobierno amigo, y tomar la resolución de expulsarlos del territorio haitiano “por el primer vapor que saliese de aquel puerto”; lo importante era hacer que el “primer vapor” saldría con rumbo a Cuba o a Puerto Rico. Para llevar a cabo este plan, el Cónsul insinuó de manera habilidosa que el gobierno español estaba dispuesto a pagar secretamente cuarenta o sesenta mil pesos. Dellundé, sin comprometer ninguna respuesta afirmativa o negativa, con una gran calma, se limitó a decir a Mr. Dutton que Gómez y Martí no habían llegado todavía, pero que seguramente llegarían pronto a Cabo Haitiano. Esto tranquilizó a Mr. Dutton, que llegó a pensar seguramente en que Dellundé era hombre a quien se podía comprar.

Dellundé, alarmado ante estas revelaciones, dándose cuenta de que los agentes confidenciales de España estaban sobre la pista verdadera, activó los preparativos de viaje, y al día siguiente logró embarcar a los revolucionarios, unas horas antes de que el vapor que debía conducirlos hubiese zarpado. Antes de realizar esta última parte de su delicada misión, y dada su influencia personal en Cabo Haitiano y su íntima amistad con un empleado del telégrafo, había logrado interceptar un despacho telegráfico dirigido a Port-au-Prince: en dicho despacho, Mr. Dutton pedía que se dictaran las órdenes oportunas para que en cualquier punto de Haití donde se les encontrara, fuesen detenidos Gómez y Martí. (a)

Días después de la partida, cuando ya el doctor Dellundé calculó que los expedicionarios habían llegado, fué a ver a Mr. Dutton, y al preguntarle éste qué noticias había de “esa gente”, Dellundé le contestó:

—Esa gente está en salvo. Por quién me había tomado usted? ¡Están en Cuba libre!

El doctor Dellundé alcanzó la alta dicha de morir en el seno de la patria libre, de saber que su cuerpo descansaría en el amoroso regazo de la tierra natal, convertida ya en nación independiente y soberana. Murió pobre. Nunca contaba con vanidoso alarde los servicios que supo prestar a la Revolución. Nunca pretendió valerse de esos servicios para obtener granjerías ni beneficios. Austero y sencillo, habría senti-

(a).— También en Cabo Haitiano, en el momento más peligroso, cuando abandonaba su escondite y encaminaba sus pasos hacia el puerto, sintió Martí palpar junto a él un corazón dominicano, presto a servirle de escudo. En efecto, el doctor Francisco Dellundé, patriota cubano, afirma: “José Martí salió primero, acompañado del joven dominicano Georges Finke. Poco después el general Gómez, acompañado del señor M. Mercier, cerrando la marcha el criado Marcos, a cierta distancia”. (*Revista Bimestre Cubana*, Enero-Febrero de 1939).— (V. A. D.),

do profanado su patriotismo si de él se hubiera valido en beneficio propio. Fué, por lo tanto, un ejemplar del verdadero patriota, tal como lo soñaba Martí cuando decía que quien piensa en sí no ama a la patria.

\*  
\*       \*  
\*

El 9 de abril, por la noche, logró el doctor De-llundé hacer embarcar a los expedicionarios, que ya corrían evidente riesgo en tierra. El vapor partió al día siguiente, y el día 11 amaneció frente a Inagua, donde se detuvo muy pocas horas, para desembarcar los trabajadores que había recogido allí anteriormente con destino a las maniobras de descarga en Cabo Haitiano. Siguió el vapor viaje en seguida, y he aquí como narra Máximo Gómez, en las páginas de su diario, la llegada a las costas de Cuba:

A las dos de la tarde se levantó el ancla y tres horas después, a las cinco, las montañas de Cuba se levantan a nuestra vista. Dijimos al Capitán que acortase la máquina mientras fuera de día, para verlo todo bien. Navegamos sin novedad, y ya a las ocho de la noche nos dijo el capitán que estábamos a tres millas de la costa, pero que él se acercaría más, lo que creo que no haría. Nos encontramos al Sur de Cuba, al Este de Baiquirí. La noche es tenebrosa, el mar se siente agitado; la obscuridad es tal, que el mar parece un negro crespón en donde nos debemos envolver para siempre. Ni una estrella alumbró el firmamento. El chubasco se afirma y hubo un momento de indecisión en que hasta el capitán parece que vacilaba en dejarnos abandonados en situación tan angustiada; pero yo fui el primero que dije, ya detenido un poco el vapor: ¡A tierra! El vapor se detuvo entonces de una vez, y rápidamente se deslizó al agua un bote al que bajan seis hombres con sus equipajes de guerreros. Yo no sabía lo peligroso que era la arrancada de un vapor para una embarcación menor que esté arrojada a su costado. Por poco zozobramos en aquella pavorosa atroz. ¡Quién hubiera dado noticias de nosotros! Ninguno de los seis entendíamos nada de marinería, y sin embargo con entusiasmo cuatro de nuestros compañeros agarraron en seguida los remos, y yo y el general Borrero nos quedamos de reserva; pero yo, echándola de marino, me puse a manejar el timón, que al fin un golpe de mar me arrebató de las manos y se pierde; formamos con un remo lo que los marinos llaman "cola de pato", y continuamos casi sin rumbo. La obscuridad es profunda y el chubasco arrecia. Hemos perdido el rumbo y no es posible divisar bien la tierra. Por fin, dos fogatas en lado de tierra, que si bien nos marcan la

costa, pueden ser guardias españolas. Sin embargo, al centro de las dos fogatas, dirigimos nuestro rumbo. La Providencia, que dirige siempre el destino de los hombres, hizo sin duda que el chubasco, que mantenía la mar picada, calmara; la noche aclaró; la luna empieza a alzarse por Oriente —salía esa noche a las diez y minutos—, y muy pronto la fortuna nos depara en un recodo de la costa, un lugar llamado las *Playitas*, donde atracamos sin novedad ni peligro. Como Colón, besé aquella tierra. Después de poner en tierra nuestro pesadísimo equipaje y echar al agua la embarcación, borrando, además, todo vestigio que pudiese indicar que por allí hubiese desembarcado alguien, tratamos de internarnos y emprendimos la marcha, rifle al hombro, y con nuestras mochilas por el abra que formaban dos lomas y por un terreno espinoso y enmarañado, como son casi siempre los cerros a las costas de las islas.

Como media hora habíamos andado ascendiendo y llegamos a una meseta donde hicimos alto para descansar un tanto, y ya alejados de la playa, tomamos mejor orientación. Sacamos nuestros relojes con buena hora, y eran las doce de la noche. La luna estaba en toda su brillantez. Saqué la brújula que llevaba, y marcamos al Norte franco, rumbo que debíamos llevar. Yo pensé entonces, sin decirlo a nadie, que era de todo punto imposible que con aquella enorme carga pudiéramos continuar por mucho tiempo, y pensé aligerarnos en llegando a mejor lugar. Continuamos, descendiendo entonces, hasta llegar a una llanura, y por allí sentimos el canto de un gallo y olor a candela. A pesar de la carga que llevaba, pude contemplar radiante de orgullo y complacencia la fisonomía de Martí por andar metido en estas cosas con cinco hombres duros. Verdaderamente que la empresa estaba erizada de peligros. Con muchas precauciones avanzamos, y a poco un caserío, era el Cajobal. Nos resolvimos a llamar, a la ventura, en una casita de la orilla y tuvimos la fortuna de encontrarnos con gente buena, cubana. Se levantan dos mujeres, y nos dan café, pero, antes del reconocimiento, sucedió una cosa curiosa. Aquella buena gente, al principio se nos mostró algo esquiva, dudosa de que fuéramos españoles disfrazados, pero por las preguntas que yo le hacía de gente conocida, pronto se convencieron, y ya sucedió entonces el entusiasmo. "Oiga



usted, Martí”, le dije yo, “las palpitaciones del corazón de nuestro pueblo”. “Sí”, me contestó él, “yo no olvidaré nunca todo lo que nos ha ocurrido esta noche; pero mucho menos el encuentro con esta gente; este fogón y este café”.

\*  
\*       \*  
\*

El resto de la historia, lúgubre y triste, es de sobra conocido. El 14 de abril se incorporaron los expedicionarios a la columna del coronel Félix Ruenes, y entraron en acción, vigorizando con su esfuerzo y con su ejemplo la campaña libertaria, tocándole a Martí la suerte de morir gloriosa y prematuramente en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895.

He querido hacer resaltar en esta conferencia de qué manera la tenacidad de los verdaderos caudillos históricos se impone siempre por sobre todos los obstáculos que se multiplican a su paso. El ejemplo de Martí y de Máximo Gómez en tal sentido, no puede ser más elocuente.

Antes de terminar, quiero hacer resplandecer, además, el sentimiento de noble americanismo que al través de toda esa labor titánica que realizó en todo el Continente, se sentía palpar en las palabras y en los actos de José Martí. Para él, los países todos de nuestra América no son sino una prolongación de la patria natural de cada hispanoamericano.

Siempre se expresó Martí, al hablar de Santo Domingo, como si fuera un hijo más de aquella tierra donde, según dijo: “se saben defender con ramas de árboles, de los que vienen de afuera a quitarles el país”.

Y así, decía refiriéndose a las fiestas que en honor del gran portorriqueño Román Baldorioty de Castro se celebraron en la República Dominicana: Ni un átomo de lacayo tuvo en vida el previsor puertorriqueño, el invencible Baldorioty de Castro, a quien en símbolo sagaz, rindieron homenaje, en las fiestas de la heroica ciudad dominicana de Azua, las tres Antillas, que han de salvarse juntas o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviando los libertadores. Las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

Ese sentimiento de noble confraternidad hispanoamericana, palpita en su obra a cada paso. Al agradecer a los costarricenses las atenciones que había recibido, exclamó, dirigiéndose a don Pío Víquez:

Solo de un modo puedo responder a esta merced grande: y es pedir a usted y a mis amigos de Costa Rica, que me permitan servirla como hijo,

En otra ocasión dijo:

Es cubano todo americano de nuestra América y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos; ni por el bien exclusivo de la Isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre: peleamos por asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.

Y al despedirse de Venezuela, se expresó de esta suerte:

De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella en mí tiene un hijo.

Martí tenía, por lo tanto, conciencia clara del alto destino que toca cumplir a estos pueblos, si saben compenetrarse bien de que ese destino es un destino común; si saben comprender que meras divisiones geográficas, de orden práctico o político, son las únicas que las separan y dividen.

La América hispana es una gran patria continental. Renán decía que el concepto de patria lo forman la conciencia común de muchos hechos y sufrimientos pasados y la conciencia común de muchos acontecimientos por venir. Esa conciencia que viene del pasado; esa voz que brota, recóndita e imperativa, de la historia; ese impulso que surge, no sólo de la unión para el sufrimiento, bajo el látigo de la conquista, sino también de la unión para la libertad, pues el mismo Martí dijo que la libertad americana era un poema comenzado en 1810, cuya última estrofa había de ser la independencia de Cuba; ese conjunto de circunstancias solemnes es el que manda a estos pueblos a estrechar los vínculos que en el presente los unen débilmente y a esforzarse por que esa confraternidad, al parecer solamente sentimental y lírica, se afiance cada vez más sobre bases estables.

Sólo así podrá América cumplir su destino; pues si esa cohesión de ideales y de tendencias se interrumpe o se destruye, la América será, a la corta o a la larga, víctima de sus propios errores explotados por la ajena codicia; y, en cambio, si esa unión se sostiene y consolida, la América está llamada, no a alcanzar los triunfos de la fuerza bruta —que no están reservados a las naciones del porvenir—, pero sí a una misión más alta, como es la de llevar, en su día, el cetro de la civilización humana, que por ley imperiosa de la historia ha ido pasando de un pueblo a otro pueblo a través de las edades.

*Cuba Contemporánea*, t. II, p. 177-203, Habana, julio, 1913.

